

LA FIESTA PATRONAL DE NUESTRA SEÑORA DE LA CANDELARIA EN MOLINOS (SALTA)

por

AUGUSTO RAUL CORTAZAR

ANTECEDENTES DE ESTA COMUNICACION

LOS Valles Calchaquíes, por los rasgos que ofrece su propia realidad geográfica; por su relativo aislamiento, que imprime en la vida y economía de los pueblos un ritmo particular e inconfundible; por los tesoros arqueológicos, vírgenes aun para la ciencia en gran medida; por el prestigio histórico que le procura el hecho de haber sido asiento milenario de nativas culturas y escenario de luchas seculares; en fin, por la sugestión de su caudal folklórico, conservado como pocos, son en definitiva, una región atrayente para los cultores de las ciencias del hombre.

Por éstas y otras razones, la Dirección del Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras, está cumpliendo el interesante plan de concentrar sobre esta zona la visión de varios especialistas en diversas disciplinas geográficas y antropológicas¹. El Folklore, desde luego, no está excluido y tengo la fortuna de participar en la apasionante empresa.

Familiarizado con el Valle (solar de mi familia por varias generaciones) casi desde los años de mi niñez, y dedicado por otra parte al estudio de la teoría y de la técnica folklóricas, la perspectiva de concentrar

(¹) *El Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras, en Revista de la Universidad de Buenos Aires, 2ª época, a. 1, n.º 1, 132-150 (y especialmente 149-150); Buenos Aires, 1943.*

en una misma tarea el amor a la tierra y el fervor por la ciencia, no podía sino acuciar mi empeñoso entusiasmo.

Según lo había preconizado en trabajos anteriores, las condiciones de conocimiento del terreno y de información teórica, estaban cumplidas en buena parte. La segunda etapa: recopilación del material folklórico en sus propias fuentes, vivas y auténticas, se iniciaba con buenos auspicios. Así, he realizado dos viajes de estudio a la región central del Valle Calchaquí, comprendida entre Molinos y Palermo.

A fin de que mi labor sirviera de complemento a las notables colecciones de ciertas especies folklóricas que otros investigadores han recogido, y aprovechando la restricción del área de estudio que el plan general presupone, me propuse lograr “un panorama del folklore calchaquí: un verdadero inventario minucioso de todos los aspectos de la vida espiritual y material del pueblo”¹. En ese sentido he obtenido multitud de datos, base de un nutrido y prolijo fichero, que facilitará el estudio de temas monográficos, complementarios del plan integral; por ejemplo, organización social, jurídica y económica de una familia típica; biografías escuetas de personas dedicadas a diversas actividades características; programa medio de un día de trabajo en las diversas estaciones del año; correlación del calendario general de las faenas regionales con el calendario festivo (celebraciones civiles y religiosas) y otros tantos del mismo estilo.

Del conjunto, elijo algunas fichas de esta última sección; tomándolas como base, presenté, durante la “Semana de Antropología”, que organiza anualmente la Sociedad Argentina de Antropología, una comunicación verbal en noviembre de 1943². Era mi propósito aprovechar el viaje de este año para completar y confrontar datos, procurarme ilustraciones, etc., pero las tremendas condiciones del tiempo en el Norte del país, que provocaron inundaciones, cortes de los caminos, erupciones volcánicas y desgracias personales por obra de los ríos desbordados, me impidieron llegar hasta Molinos. Para no faltar a mi compromiso, reduzo el artículo concebido a esta simple comunicación, de índole descriptiva,

(¹) AUGUSTO RAÚL CORTAZAR, *Confluencias culturales en el folklore argentino. Problemas de la cultura*, III, 10 (Publ. Institución Cultural Española); Buenos Aires, 1944.

(²) Resumen en el *Boletín de la Sociedad Argentina de Antropología*, n° 5-6, 83-84; Buenos Aires, noviembre 1943.

dejando a otros las correlaciones y la interpretación o postergándolas yo mismo para mejor oportunidad. Apenas consigno en seguida algunos antecedentes sobre la fiesta, a fin de orientar al que leyere con un resumen de lo más conocido sobre esta interesantísima celebración de la Candelaria.

BREVES REFERENCIAS LITURGICAS, HISTORICAS Y ETNOLOGICAS

El punto de arranque es, como se sabe, el relato evangélico: “Cumplidos los [40] días de la Purificación de María, según la ley de Moisés, llevaron a Jesús a Jerusalén para presentarlo al Señor, como está escrito en la ley del Señor: “Que todo varón que nazca el primero será consagrado al Señor” (Luc., 2, 22-32). Al llegar al templo se aproxima Simeón, movido por el Espíritu Santo, y reconoce en el Niño al Mesías: “quod parasti ante omnium populorum: Lumen ad revelationem gentium, et gloria plebis tuae Israël”.

La fiesta con que la cristiandad conmemora este acontecimiento desde los primeros siglos (Henschenius y Benedicto XIV la creen apostólica) se llamó simplemente de “Quadragesima de Epiphania,”¹ o del “Die II mensis februarii”, por cumplirse en esa fecha los cuarenta días desde Navidad. De los tres aspectos ya distinguibles en el Evangelio de San Lucas, a saber: la presentación del Niño en el templo, la purificación de María y el encuentro con Simeón y Ana, el primero ha predominado en la iglesia de Oriente, la que refiere la fiesta a Cristo; en griego tomó el nombre de ὑπαπαντή (Hypapante) destacando el “encuentro” (occursus Domini) de la Sagrada Familia con Simeón; por fin en la iglesia occidental fué considerada desde antiguo como fiesta mariana. Ya en el siglo IV la menciona la religiosa gallega Eteria en su *Itinerario* y en 526 fué instituída en Antioquía. Después de una gran peste la hizo celebrar Justiniano en Constantinopla, y como dato curioso, interesa consignar que el emperador, rodeado de sus soldados, entraba *a caballo* en son de triunfo a la iglesia Blaquerua².

(¹) De ahí que, contando los días desde el 6 de enero, se le consagrara también el 14 de febrero.

(²) PABLO CECILIO GUTIÉRREZ, *El culto litúrgico de la Santísima Virgen*, 164-171; Madrid, 1933.

Hasta aquí no encontramos el rasgo característico que justifica el nombre de “Candelaria”. El fuego, en sus diversas manifestaciones (hogueras, fogatas, antorchas, discos llameantes, etc.), ha sido elemento ritual de fiestas determinadas, en especial las que coinciden con los cambios de estación o los solsticios. Etnólogos y folkloristas lo han constatado en pueblos naturales y como supervivencias en las costumbres europeas y americanas de hoy. Las fiestas cristianas que, por su fecha, vinieron a superponerse con las paganas y primitivas han mantenido, en muchos casos, esa tradición. Según los países, pueden servir de ejemplo, además de la Candelaria (febrero), las de los Apóstoles Felipe y Santiago (mayo), San Juan (junio), Todos los santos (noviembre) y Navidad (diciembre).

En cuanto a las interpretaciones, Mannhardt (según la exposición de Frazer) formuló la teoría “solar”, considerando no sólo la correspondencia con los solsticios (diciembre y junio), sino también la forma de manifestarse (ruedas y discos ardientes, procesiones con hachas encendidas por los campos, etc.), y el influjo que se les asigna sobre el tiempo y la vida natural en su conjunto (animales, vegetación, salud humana). Westermarck opuso la tesis “purificatoria”, pues el fuego tiene el papel, según dice, no de representar al sol, sino de consumir por acción mágica “los elementos dañinos, materiales o espirituales, que amenazan todo lo viviente con la enfermedad y la muerte”¹. Frazer, aunque no las cree incompatibles, se inclina por la última².

Con este sentido también, los ritos primitivos eran ya supervivencias en la época romana; las Lupercalia, juntamente con las Quirinalia (Quirinus) y las Terminalia (Terminus), tenían lugar durante el mes de febrero, que, “desde el punto de vista religioso, terminaba el año y con su propio nombre designaba el mes de la *purificación*, de la expiación y de los muertos”³. Todas esas fiestas manifestaban claramente su carácter lustral, y, por extensión, se las consideraba un medio preservador contra las enfermedades y las plagas destructoras de la vida, ya

(¹) JAMES GEORGE FRAZER, *Balder the Beautiful. The fire-festivals of Europe and the doctrine of the external soul (The golden bough, IX)*, especialmente el capítulo final del primer tomo: *The purificatory theory of the fire-festivals*, I. 341-346; London, 1914.

(²) FRAZER, *Balder the Beautiful*, cit., I, 346.

(³) P. D. CHANTEPIE DE LA SAUSSAYE, *Manuel d'histoire des religions*, 614; Paris, 1921.

de los hombres, ya de los ganados o de las cosechas¹. El mismo concepto de purificación rústica subyace en las Ambarvalia (por muchos rasgos semejantes a las Amburbialia) y explica, por otra parte, la costumbre gentílica de encender antorchas, con las cuales los romanos recorrían la ciudad, preparándose para el gran sacrificio purificador de la Februatio.

Cuando esta lustración se correlaciona con el renacer de las fuerzas de la naturaleza en primavera, no deja de evocarse la historia mitológica de Deméter y Perséfone, donde no falta el expresivo detalle de las antorchas, con las cuales busca a su hija la madre inconsolable. Así relata el mito un himno homérico dedicado a Demeter, que agrega el pasaje de Demofón, expuesto por la diosa sobre las llamas para purificarlo de sus elementos terrestres y volverlo inmortal². El retorno de Perséfone a la luz era celebrado, en los misterios eleusinos, con manifestaciones de antorchas durante el mes Antesterion, que corresponde aproximadamente con nuestro febrero³.

El grado de desorden y licencia que adquirieron las Lupercalia, movió al papa Gelasio en el año 494 a condenarlas públicamente (en carta al senador Andrómaco) y reemplazarlas por la fiesta de la Purificación de la Virgen. La procesión de las candelas se incorpora más tarde, con un nuevo sentido, pero aprovechando la fuerza tradicional del rito, en lugar de oponerle una prohibición rotunda. Es sólo a fines del siglo VI cuando se adjudica a la fiesta de la Purificación este elemento ceremonial, característico y epónimo⁴. En el siglo VIII la procesión encabezada por el pontífice (que marchaba con los pies descalzos) se iniciaba en la madrugada del 2 de febrero, y se dirigía a la iglesia de San Adriano, alumbrando el camino con hachas y candelas. Esta circunstancia fué común a otras procesiones nocturnas, y sólo más tarde exclusiva del antiguo Hypapante (a fines del siglo X hay menciones de la bendición de los cirios, y está documentada en Roma en la primera mitad del siglo XII)⁵. Los liturgistas medievales explicaron el simbolis-

(1) *Dictionnaire des antiquités grecques et romaines d'après les textes et les monuments* (Dirig. Charles Victor Daremberg - Edmond Saglio); Paris, 1877-1900 [Voz *Lupercalia*].

(2) P. DECHARME, *Mythologie de la Grèce antique*, 383-384; Paris, 1886.

(3) *Encyclopaedia of Religion and Ethics*; New York, 1928 [Voces *Candle* y *Candlemas*].

(4) I. SCHUSTER, *Liber sacramentorum*, VI, 207-209; Torino-Roma, 1928.

(5) SCHUSTER, *Liber sacramentorum*, cit., VI, 207-209.

mo de las velas, diciendo con San Anselmo, que “la cera significaba la carne virginal del Niño (por eso debía proceder de los panales, pues la abeja fué símbolo de virginidad), el pabilo su alma y la llama su divinidad”. No en balde había exclamado Simeón al tomar al Niño en sus brazos: “Lumen ad revelationem gentium...” (Luc. 2, 32).

La introducción en Francia y España se remonta al siglo VIII y en Asturias y Cataluña, por ejemplo, se celebra lucidamente con el nombre de Candelera¹; se bendicen velillas que tienen la virtud, según la creencia popular, de ahuyentar las tempestades (especialmente el rayo). Con lo cual vemos aflorar una vez más, la profunda raíz etnológica del rito.

La fiesta, tal como se celebra en el Valle Calchaquí, conserva los rasgos litúrgicos tradicionales: fecha, nombre, bendición de los cirios, procesión; pero introduce otros, como el elemento ecuestre, la institución de los *alfereces*², el paseo, velorio y batida de los estandartes, más otros detalles que fuerzan a recordar el ceremonial cívico-religioso con que se festejaba al Santo Patrono (en Buenos Aires, por ejemplo) durante la época colonial³.

Esto sin olvidar que varias procesiones son ecuestres en nuestro país, y en la misma España, como la de San Antonio Abad, en la cual intervienen precisamente cocheros y carreteros, quienes, con bandera y música, recorren a caballo las calles dando tres vueltas, o “tres toms”, como se dice en Cataluña⁴.

(¹) España. Estudio geográfico, político, histórico, científico, literario, artístico y monumental, 488; Barcelona, 1925 [Edición especial del tomo correspondiente de la Enciclopedia Espasa].

(²) En la pronunciación local, esta palabra es aguda en singular y grave en plural.

(³) JOSÉ TORRE REVELLO, *La festividad del Santo Patrono*, en *Crónicas del Buenos Aires colonial*, 73-84; Buenos Aires, 1943.

(⁴) España, etc., 488. En las noticias proporcionadas por Valerio Serra y Boldú en el capítulo *Costumbres religiosas* de la obra, *Folklore y costumbres de España*, 2ª edic., III, 503-662; Barcelona, 1934, no se hallan las noticias o correlaciones de interés que podrían esperarse. En la referencia a la Candelaria (*Ibid.*, 580-581) no se mencionan los cirios, sino las palomas que se sueltan durante la misa, y que “son símbolo de su pureza”. Parecería, más bien, que se tratara de una alusión a la ofrenda que, en cumplimiento de la ley mosaica, llevó la Virgen al presentar al Niño en el templo.

Para otros datos sobre la festividad en general, ver: DOM PROSPER GUÉRANGER, *L'Année liturgique*, 2ª edic., II, 550-560; Paris, 1923.

Para el culto en Inglaterra. JOHN BRAND, *Observations on popular antiquities*, I, 24-29; London, 1841.

LAS FIESTAS PATRONALES EN MOLINOS

Sabedor de que las fiestas patronales de Molinos, consagradas a la Virgen de la Candelaria, ofrecían, aparte de su especial lucimiento, más de un motivo de interés para el folklorista, me trasladé al pueblo con anticipación, teniendo en cuenta que abarcan varios días, coincidentes con la novena que antecede.

Elementos

Considerando, antes de la descripción detallada, la fiesta en su conjunto, se pueden advertir elementos de naturaleza al parecer diversa, que justifican su agrupamiento en tres categorías; los actos específicamente religiosos, de sentido ritual: se manifiestan en la iglesia, durante la novena, las misas y la función. Otros hay de fondo también religioso, pero con interferencias ajenas al culto, de índole civil o tradicional, como la institución de los *alfereces*, las cabalgatas que escoltan los estandartes y forman durante la procesión; esos mismos estandartes y banderas sagrados, la *batida* de éstas ante la puerta del cementerio, el altar privado que cada *alferez* construye y adorna en su casa y el velorio de las banderas que allí se hace.

Por fin, los cohetes y estruendos, las camaretas y disparos de escopeta, las carreras y evoluciones de las cabalgatas y los bailes, bebidas, etc., que cada *alferez* prepara y ofrece, constituyen el aspecto popular, exaltado y embriagador, que se desenvuelve al margen de la solemnidad.

Los alfereses

Los llamados *alfereses mayores* son vecinos del pueblo, y llevan ese título a veces por tradición de familia. Cada *alferez* tiene a su cargo la fiesta durante uno de los días que dura la celebración: es el "dueño del día"; él proporciona su casa, adorna el altar doméstico, preside el velorio, lleva en las marchas y ceremonias el estandarte o bandera de la Virgen. Es ayudado en los gastos¹ y acompañado personalmente por

(¹) A pesar de muchas profundas diferencias, este rasgo recuerda a los "carguyos" que actúan en la fiesta de San Juan en el Cuzco, cuya descripción ha hecho FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA, *Procesión en el Cuzco*, en *El Hogar*, 60-61; Buenos Aires, 29 de abril de 1938. También ha relatado Márquez Miranda la festividad de la Candelaria en Humahuaca, en donde se la celebra sin el despliegue ecuestre que constituye una de las más salientes características de la que relato: FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA, *Humahuaca, Aguafuertes sobre el hombre y la naturaleza*, en *La Nación*; Buenos Aires, 16 de julio de 1933.

un grupo de amigos, compañeros y parientes, que forman, en conjunto, el grupo de *alfereces* que interviene el día que le corresponde. Tradicionalmente, había existido en Molinos nueve *alfereces* mayores, a fin de que las fiestas coincidieran con la novena, en otras tantas jornadas. Muertes y renunciaciones han reducido hoy el número a sólo cuatro. Por eso la participación popular ofrece todo su despliegue a partir del 30 de enero: un *alferez* para cada día, contando el de la procesión.

Fiestas de los alfereses

Decidido el orden con que han de intervenir, aquél a quien corresponde el primer término, comienza por armar en su casa, en habitación preparada para eso, su *altar*. Consiste en un gran arco, generalmente de cañas, adosado a una pared; se recubre con paños blancos, y adorna con puntillas, encajes y bordados; a veces también, con géneros rojos y moños diversos. Tanto el altar como la pieza toda donde aquél se levanta, son profusamente engalanados con flores naturales y artificiales. El arreglo especial de la iglesia, ejerce cierta influencia inspiradora en la forma y disposición de los adornos.

El día designado se concentran en la casa todos los *alfereces* del grupo y los amigos, hombres y mujeres, que van a acompañarlos. Todos deben ir a caballo. Jinetes y cabalgaduras manifiestan que viven la oportunidad largamente ansiada de lucir sus galas. Así lo proclaman las hombrunas bombachas que denotan en la rigidez de sus pliegues lo reciente de su estreno; así los sombreros, de amplia ala impecable. Las mujeres exhiben sus tocados con cierta gravedad solemne, con seriedad que trasluce con frecuencia la emoción contenida, ante la inminente ceremonia sagrada y acaso también, la ansiedad por los bailes subsiguientes¹.

De este acicalamiento participan las cabalgaduras, denotando con

(¹) Acaso sea esta manifestación de la esencia misma de toda fiesta. "Ayer u hoy, la fiesta se caracteriza siempre por la danza, el canto, la agitación, el exceso de comida y bebida. Hay que darse por el gusto, hasta agotarse, hasta caer enfermo. Es la ley misma de la fiesta"... Ella opone "una explosión intermitente a una gris continuidad, un frenesí exaltante, a la repetición cotidiana de las mismas preocupaciones materiales, el hábito potente de la efervescencia común a los serenos trabajos donde cada uno se absorbe a solas, la concentración de la sociedad a su dispersión, la fiebre de esos momentos culminantes a la tranquila labor de las fases atónicas de su existencia. Además, las ceremonias religiosas que traen consigo, estremecen el alma de los fieles...": ROGER CAILLOIS, *El hombre y lo sagrado*, cap. IV, 109-145; México, 1942.

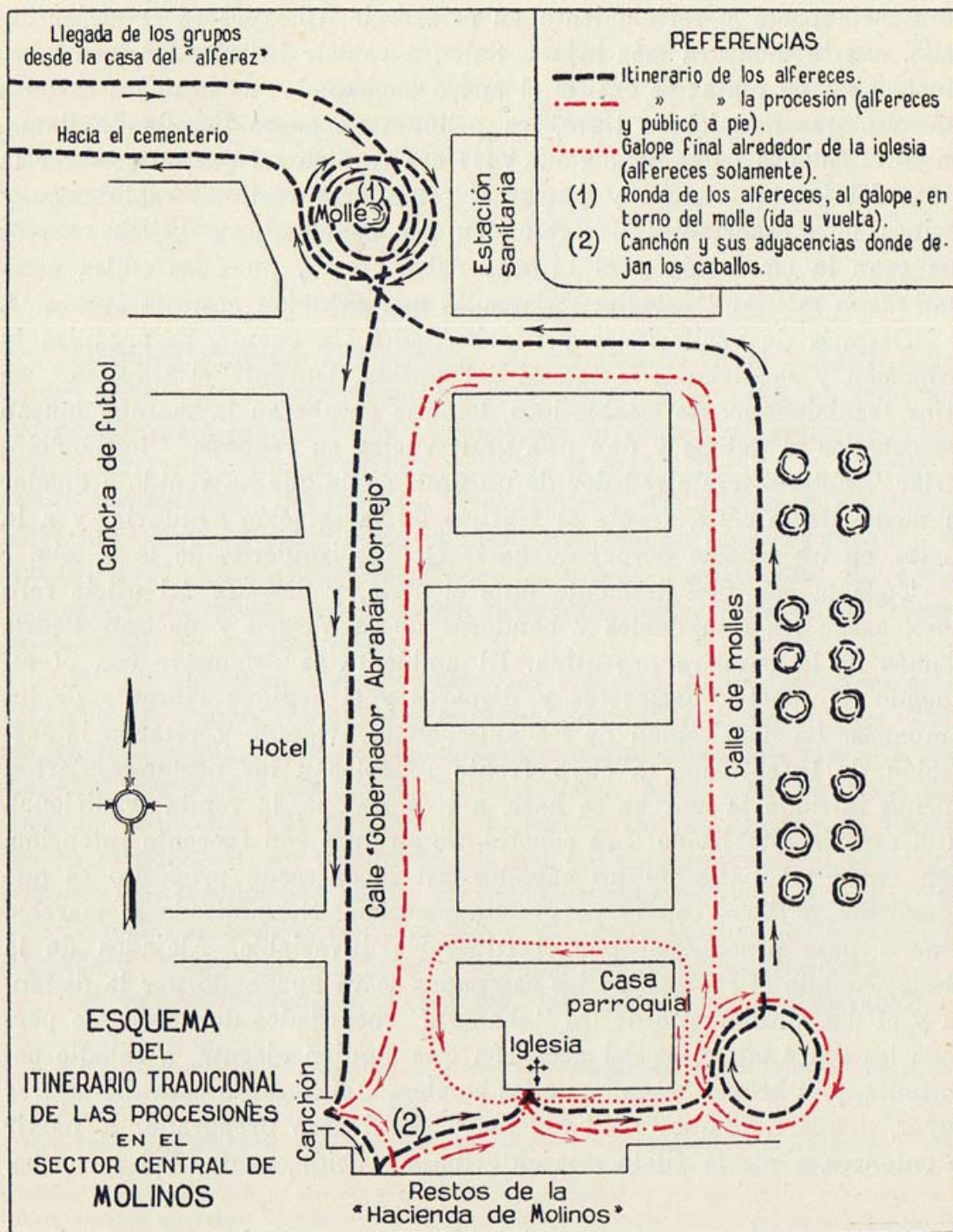
frecuencia boato y refinamiento en el arreglo. Siempre es el mejor caballo, con la montura más lujosa. Salen a relucir las riendas trenzadas, con bombas de plata; se ensilla el apero enchapado; se usan las caronas con punteras de piel de tigre, los pellones de cuero lanudo de llama. Ya en el Buenos Aires del siglo XVIII era tradicional que, al celebrar la fiesta del Santo Patrono y pasear el estandarte real, los cabildantes y vecinos más espectables llevaran “en sus cabalgaduras lujosos arreos que eran la emulación y el orgullo entre ellos”, pues los ediles acostumbraban montar “caballos enjaezados que exhibían costosos aperos”¹.

Después de vacilaciones y nerviosidades sin cuento, se organiza la formación y se dirige a la iglesia del pueblo. Durante el trayecto², en sitios tradicionalmente establecidos, los que encabezan la marcha lanzan sus caballos al galope y dan una gran vuelta en redondo, “haciéndolos furiar”. Esto ocurre alrededor de un gran molle que ha venido a quedar en medio de la calle, frente al edificio de la estación sanitaria, y a la vuelta, en un espacio despejado hacia el lado izquierdo de la iglesia.

Toda la comitiva desmonta ante el atrio, y después del oficio religioso, sacan los estandartes y banderas de la Virgen y de San Pedro, además de la bandera argentina. El ambiente se conmueve con el estruendo de cohetes, camaretas y disparos y el repique vibrante de las campanas. La nerviosidad de los animales es evidente y retarda la formación de la columna, a cuyo frente se colocan los portaestandartes. Apenas iniciada la marcha se hace, a todo galope, la ronda tradicional, en el espacio establecido. Los cohetes, no siempre con inocente intención, caen entre las patas de los caballos. El inconfesado propósito es que alguno dé en tierra con la peripuesta amazona. Normalizada la marcha, sigue a paso procesional por el itinerario invariable. Alejados de la iglesia, cuando el repique de las campanas se va apagando por la distancia y el desfallecimiento de los “changos” encargados del oficio, se perciben los sones medrosos del acordeón que alguien ejecuta, a caballo como todos, y el bronco retumbo de los bombos. Así llegan a casa del *alferez* mayor, donde depositan las banderas, bajo el arco preparado. A partir de entonces, sigue la fiesta corriente: baile, bebida, canto. Por la noche,

(¹) TORRE REVELLO, *La festividad*, cit., 77.

(²) Para toda la descripción, tener presente el croquis de la pág. 280.



las banderas son *veladas*. Este velorio evoca la manifestación litúrgica que origina la advocación de la “Candelaria”. Cánticos y rezos se suceden hasta la mañana siguiente, en que vuelven a montar a caballo, y tal vez con menos seguridad y gallardía, tornan a llevar los estandartes a la iglesia. Asisten a misa, y luego van, en la forma ya dicha, al cementerio viejo, que por razón del crecimiento urbano ha venido a quedar enclavado en medio del pueblo. El paredón frontal que bordea el camino tiene una puerta pequeña, sobre la cual se levanta una cruz diminuta de madera. Toda la comitiva se detiene frente a ella, formando un amplio semicírculo. Cesan los rumores, los caballos se aquietan; en el ambiente luminoso parece difundirse un soplo de emoción ritual, como ante un sacrificio sagrado. Descabalgan algunos y sostienen los estandartes y banderas hasta que desmontan también los *alfereces*. El principal se descubre, entrega a cualquiera su sombrero y avanza hacia la puertecilla del cementerio, frente a la cruz. Lleva en sus manos la blanca bandera de la Virgen; una estampa, que se descubre por momentos, destácase en el rojo paño que, en el centro del emblema semeja un blasón: imagen virginal en campo de gules. El *alferez*, al frente de su grupo, recorta, en medio del camino, su recia figura. El traje blanco se confunde con los pliegues del símbolo, sobre el cual la renegrida cabellera hirsuta, que la ausencia del sombrero libra a los aletazos del viento, resalta con violenta pincelada. Con las morenas manos, algo temblonas e inseguras, recoge el paño sobre el asta, la toma con la izquierda, y luego hince en tierra la rodilla derecha; se persigna, y puesto de pie, “bate” con ambas manos la bandera, haciéndola ondear en amplio y majestuoso vaivén. Torna a recogerla, se arrodilla y persigna y la entrega a quien le ha de seguir en el cumplimiento del acto solemne.

Como los símbolos semejantes, dedicados a San Pedro, acompañan siempre los de la Virgen (así como su imagen le sigue en la procesión), la *batida* se hace simultáneamente y del mismo modo con ambas banderas. Cuando todos los *alfereces* las han batido, vuelven a caballo a la iglesia, donde las depositan, junto con los estandartes, para que los del día siguiente los recojan a su turno y revivan las ceremonias.

Fiesta de la Candelaria

Los principales aspectos y “pasos” del día magno (2 de febrero), están prefigurados en las fiestas precedentes de los “*alfereces*”, uno de cuyos grupos hace coincidir, en efecto, su propia celebración con la fecha principal.

Se advierte, como es presumible, más numeroso concurso. No sólo el pueblo de Molinos y sus alrededores se vuela en las calles y participa. Impulsados por la devoción o atraídos por el espectáculo, muchos vienen de lejanos rincones del cerro. Los caballos atados cerca de la iglesia o en la calle del bajo, a la sombra de los molles, muestran su inquietud ante el tumulto y los ruidos insólitos, tan inusitados en sus habituales caminos desiertos y en los ranchos silenciosos como tumbas. Otros vienen a pie, y las ojotas de cuero o de goma¹ saben de varias jornadas de marcha incansable. Las madres traen a las “guaguüitas” de ojos asustados y caritas morenas, “quepidas”, es decir, sostenidas a la espalda con el amplio rebozo. Allí están, en la iglesia, durante la función del día, sentadas en los bancos o en el suelo, con las criaturas en las faldas. Los hombres asisten a la misa de pie, con atención reconcentrada. En el atrio, algunos muchachos impacientes perturban la solemnidad litúrgica del ambiente, “reventando” cohetes que asustan a los niños y producen verdaderos remolinos entre las cabalgaduras impacientes.

Durante la misa se bendicen las velas que los circunstantes llevan, y que luego conservan para destinarlas, durante el año, a fines diversos, algunos de carácter terapéutico. El fin de la celebración desata el contenido fervor de los “changos” encargados de las campanas, echadas a vuelo. Arrecian los estampidos. Salen parsimoniosamente los portaestandartes y luego las andas con la imagen de la Virgen, seguida por la de San Pedro. Comienza a organizarse la procesión.

Es sugestivo que sea posible referir esta escena, así como la correlativa de la llegada al templo, casi con las mismas palabras con que un historiador describe, basándose en minuciosos documentos, los pasajes equivalentes de la fiesta del Santo Patrono de Buenos Aires, du-

(¹) Fabricadas con cubiertas de neumáticos; he oído llamarlas “ojotas de auto”.

rante la época colonial: “Mientras el Alferez montaba a caballo depositaba el pendón en poder de dos ediles [en este caso alfereces] nombrados exprofeso para ayudarle en estas ceremonias. Colocado en su cabalgadura el indicado personaje la que por cierto destacábase del concurso por sus ricos arneses, hacíase cargo nuevamente del pendón”... “mientras desmontaba el Alferez, los dos cabildantes volvían a recogerle el pedón que aquél recobraba puesto ya en tierra, haciéndose cargo entonces estos últimos de las borlas laterales, llevando en tal forma el pendón hasta el altar mayor donde se colocaba en la parte del Evangelio”¹.

Los jinetes van sacando sus caballos del “canchón” facilitado para encerrar los animales durante la misa, y van montando lentamente para unirse a la columna ya en marcha. Al frente, como siempre, la bandera argentina y los estandartes sagrados. Sigue luego, nutrida, fervorosa, la procesión de los que acompañan las imágenes a pie, llevando las velas bendecidas durante la misa. Mucho público se ubica en las altas aceras, en los bancos, en los árboles, en todo lugar estratégico. Hay una desproporción entre la exigüidad del pueblo y la multitud que lo colma. Los centenares de hombres y mujeres a caballo, la policromía de los trajes femeninos, la recia estampa de los gauchos, que algún poncho rojo subraya imperativamente, los cánticos marianos, de melodiosa dulzura, los briosos repiques de las campanas del templo, los estampidos y descargas en abusadora competencia con el retumbar del bombo y los acordes casi imperceptibles del acordeón, todo ese conjunto de luz, de color, de sonido, de movimiento exterior y de fervoroso recogimiento interior, transmite a las almas una emocionada vibración.

Después de recorrer la calle del bajo, próxima y paralela al río, y doblar por la del costado del hospital, regresa la procesión por la llamada “Gobernador Abrahán Cornejo”. Los *alfereces* dan, a caballo, una vuelta alrededor del solar de la iglesia y llevan los estandartes y banderas hasta el cementerio, para hacer “la batida”. Retornan para depositarlos en el templo hasta el próximo año y comienza la dispersión de los concurrentes, muchos de los cuales acompañan al *alferez* del día a celebrar en su casa la fiesta acostumbrada.

(1) TORRE REVELLO, *La festividad*, cit., 77-78.

Con algún partido de fútbol disputado en la cancha contigua al pueblo y bailes improvisados, van desgranándose los ecos del pasado bullicio.

Otros aspectos

Las *banderas* (de la Candelaria y San Pedro) son de género blanco, con una aplicación de paño rojo en el centro; por su forma semeja un escudo que lleva pegada una estampa, a modo de emblema. Las astas se coronan con puntas de metal en forma de lanza, estrella, media luna o combinaciones diversas.

La descripción del *estandarte* que el Alférez real paseaba por las calles de la capital del Virreinato de Buenos Aires, el día de San Martín, patrono de la ciudad, es utilizable aquí: “Era el pendón real de damasco rojo carmesí y se guarnecía de flecos dorados, se adhería al asta por medio de un travesaño atado con cordones trenzados con los colores rojos y amarillos, que remataban en pesadas borlas con largos flecos. Por un lado ostentaba bordado el escudo de la ciudad exornado con estilizadas guardillas y los atributos reales o en su defecto el escudo real y por la parte contraria lucía la imagen de la Virgen María, como ocurría en el de Buenos Aires o la del Santo Patrono o la Patrona del lugar”¹.

Salvo la calidad de los materiales y las armas monárquicas (reemplazadas por estampas), pueden aplicarse estas palabras a uno de los que se usan en Molinos. Los demás son blancos, con bordados e imágenes. Todos, como es habitual, consisten en un rectángulo, sostenido en su borde superior por un travesaño perpendicular al asta. Como he dicho, llevan cordones terminados en borlas.

El *orden procesional* de estos emblemas, está también establecido por la costumbre: la bandera argentina marcha a la cabeza; le sigue el estandarte rojo cuya retrospectiva descripción acaba de leerse; luego la bandera de la Virgen y más atrás el estandarte correspondiente; por fin, en el mismo orden, los emblemas correspondientes de San Pedro.

El *recorrido* de los *alfereces* es fijo y determinado: llegada desde la casa respectiva hacia la calle “Abrahán Cornejo”; vuelta, al galope, alrededor del gran molle frontero del hospital; continuación hasta la

(1) TORRE REVELLO, *La festividad*, cit., 77.

iglesia por la calle dicha, que se cierra por una construcción de caro recuerdo: es lo conservado de la famosa “Hacienda de Molinos” a la que Juan B. Ambrosetti dedicara un estudio. Su frente y el de la iglesia son paralelos, calle de por medio. En este sitio descabalgan y vuelven a montar después de las ceremonias religiosas para seguir por la calle de los molles, en cuyo primer trecho, ante la casa parroquial, se repite la ronda al galope. De acuerdo con este itinerario, doblan al llegar al edificio de la estación sanitaria, y, previo otro giro en torno del molle, continúan, según los casos, hasta la puerta del cementerio o a la casa del *alferez* del día.

Festejos complementarios

La niñas del pueblo aprovechan la oportunidad para organizarse, con juvenil entusiasmo, *rifas* y *bazares*. En este último caso, exponen en una habitación que el propietario facilita, mil dispares donaciones; el nombre de cada objeto se escribe en unos papelitos que se enrollan luego: son las cédulas. Los concurrentes las compran y obtienen lo que el papel indica. Los fondos recaudados se destinan a obras piadosas, arreglos y refecciones de la iglesia, renuevo de los mantos y vestiduras de las sagradas imágenes.

Mucho enseña y sugiere una recorrida por los alrededores del pueblo en la mañana de la gran fiesta. Desde temprano los “patios” de los ranchos dan muestras de animada actividad. Lo más destacado, por lo repetido, es la “morosa delectación” con que los hombres preparan y ensillan sus caballos. Por los caminos se ven grupos, familias, gauchos o mujeres solas que vienen de apartados lugares. Han pasado sin duda la noche en casa de amigos, parientes o “compadres”, después de uno o más días de marcha. Sus ranchos quedaron solos, en un vericuetto de la montaña, por el lado de Luracatao, de Colomé o del Pucará; otros vienen del norte, siguiendo el río Calchaquí “playa abajo” desde Payogasta, Cachi, Rancagua, Escalchi, San José, Seclantás. Las lluvias no han sido muy copiosas y los jóvenes dan rienda suelta a su inquietud y a sus caballos galopando por el lecho casi seco del río. El sol brillante

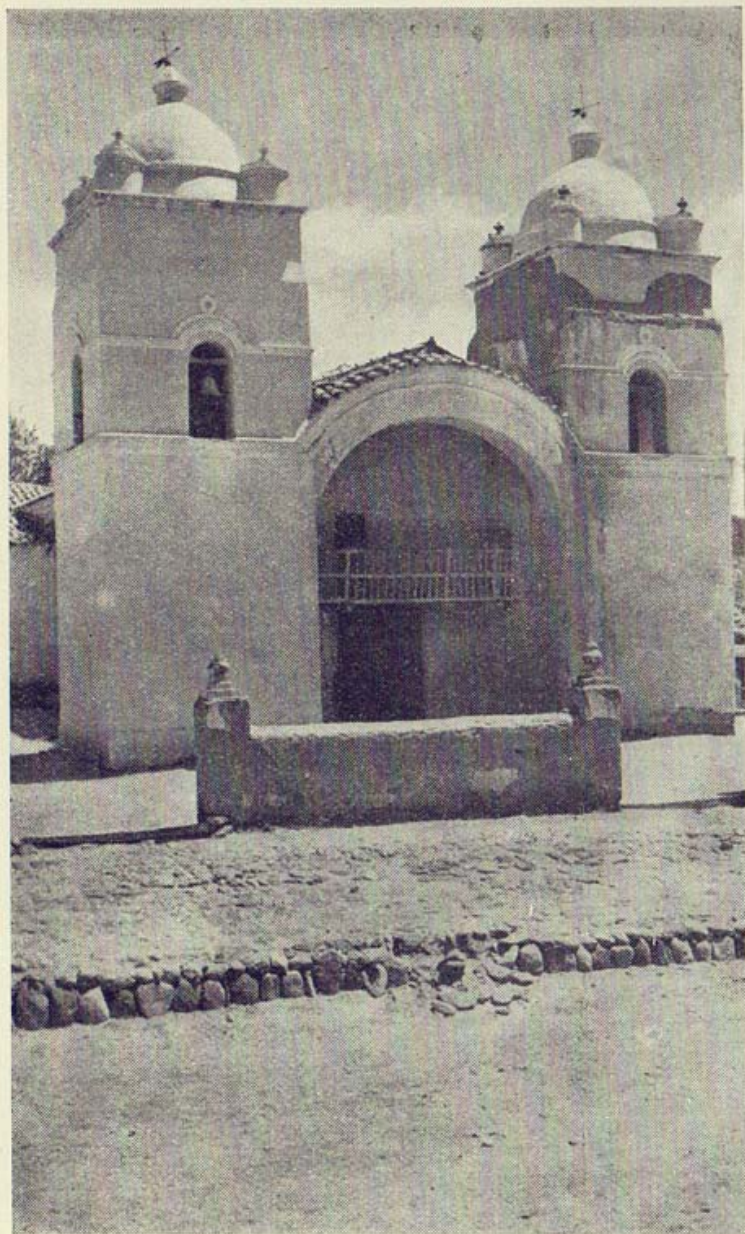
redime la opacidad borrosa de la "playa" con reflejos de oro. Los caminos de las barrancas, las huellas que atraviesan arboledas y montes, las calles mismas, se pueblan de viajeros, de bullicio, de colores. Llegan automóviles, camiones, camionetas, que traen visitantes y devotos del Norte y del Sur. Dueños o administradores de fincas vienen con sus peones y arrenderos y pasan al galope, como adalides al frente de sus huestes, en inocente algarada.

El pueblecito vallisto, como escenario; la polieromía y los cantos; las indumentarias de las gentes y los arreos de las cabalgaduras; todo lo externo en convergencia con el paisaje interior que las actitudes traslucen, suscita en el ánimo impresión honda y múltiple, mezcla de sensibilidad provinciana, de emoción religiosa y de sana curiosidad por estas manifestaciones tradicionales de nuestro pueblo. Si por lo menos esta simpatía por el folklore se contagiara a otros, que, desde todos los rincones del país nos fueran contando sus secretos, daría por bien compensados los apremios de las monografías y las fatigas de los viajes¹.

(¹) Como contribución para quien retome el tema, ofrezco los datos siguientes: con respecto a nuestro país, interesa, además del artículo del doctor Márquez Miranda (ver pág. 277, nota), un curioso documento, copiado en el archivo parroquial de Santa María de Catamarca por el Prof. R. Ardissonne, quien me lo ha comunicado con su generosa gentileza habitual. Es el acta de la elección de santa Patrona del lugar, realizada el 14 de febrero de 1790. Dicen los vecinos que "no constando en libro alguno de la elección solemne", convienen en realizarla, "por pluralidad de votos secretos y con libre voluntad de los asistentes, y salió en primer lugar por Patrona y Abogada ntra. Maria Santissima con el titulo de la Candelaria...".

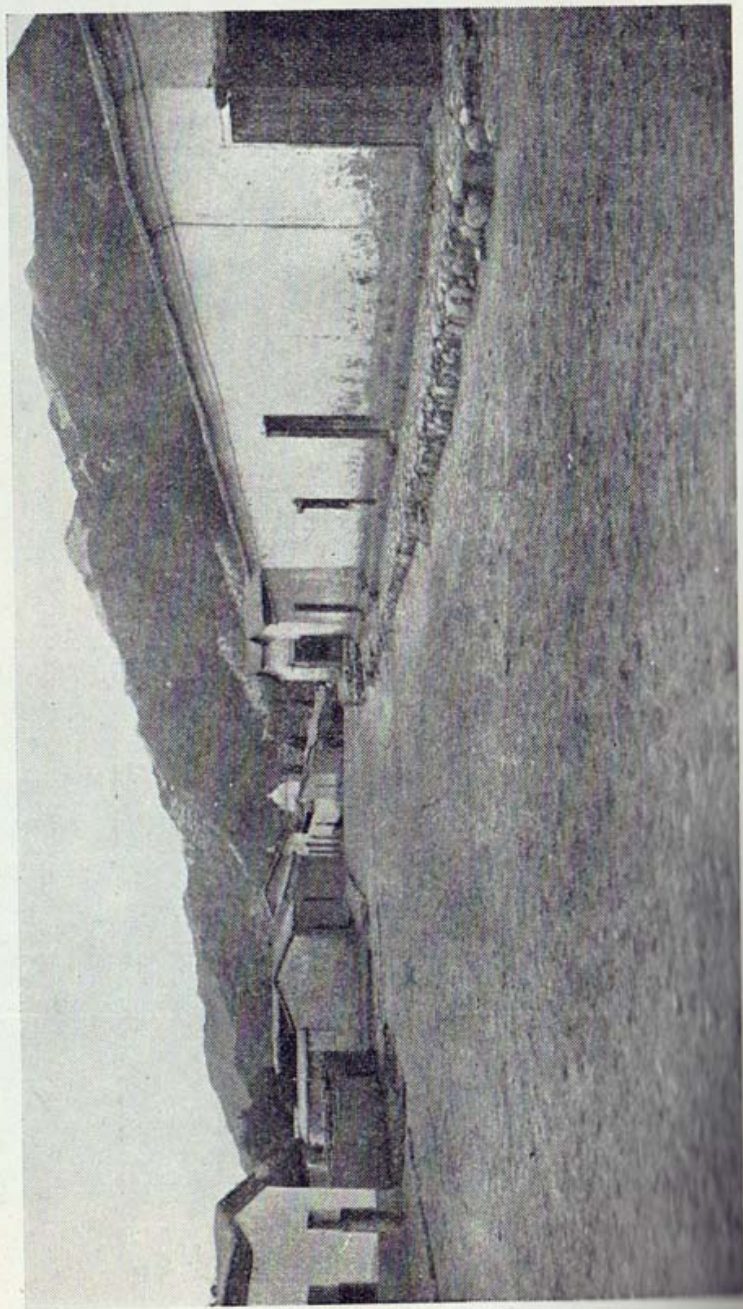
En cuanto al extranjero, además de las citas ocasionales que doy en las notas, remito a las 68 referencias bibliográficas reunidas por Arnold van Gennep bajo el título de *Cérémonies populaires à date fixe, La Chanteleur (Manuel de folklore français contemporain, III, 425-429; Paris, 1937)*, con parte general y subdivisión por provincias.

(Comunicación presentada en la sesión del 20 de noviembre de 1943, durante la Vª Semana de Antropología. Croquis de María Teresa Grondona. Fotografías de Romualdo Ardissonne y del autor.)

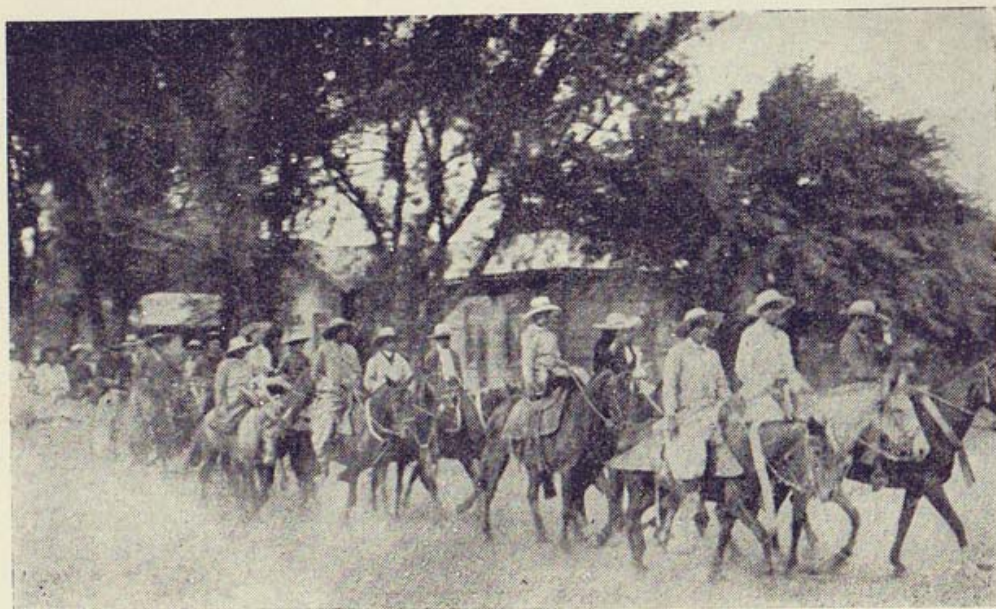


Frente de la iglesia de Molinos. (Fotografía Prof. R. Ardissonne.)

CORTAZAR, *La fiesta patronal, etc.*



Calle principal "Coleman de Alvarín Corrajo". (Fotografía Prof. R. Ardisson.)



1



2

Fig. 1. — *Alfereces* entrando al pueblo por la calle principal, en busca de los estandartes y banderas. Al fondo, la estación sanitaria.

Fig. 2. — A la salida de la iglesia, con las banderas y estandartes. A la izquierda, frente de la "Hacienda de Molinos"; al fondo, a la derecha, el "canchón".

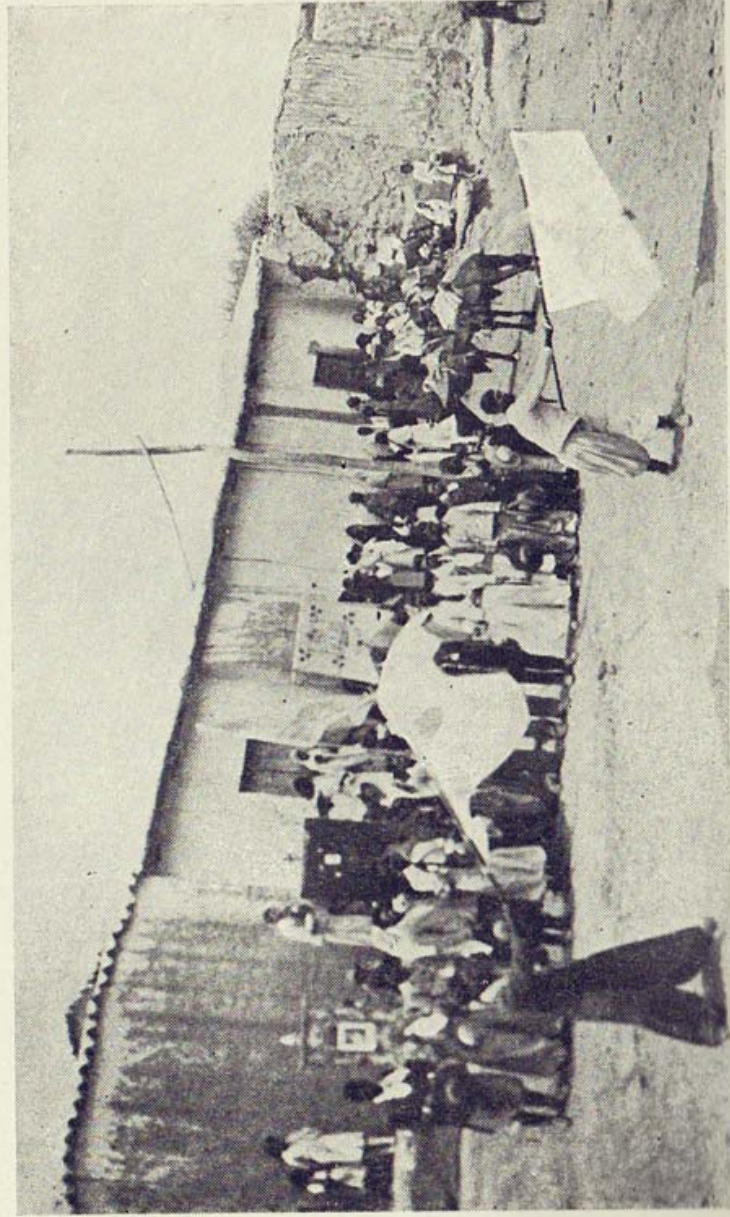


1



2

Fig. 1. — En marcha, por la calle de los molles, hacia la casa del *alferez* del día.
Fig. 2. — Cabeza de la procesión del 2 de febrero; en primer plano, los músicos (acordeón y bombo).



"Batida" de las banderas. (En este caso, excepcionalmente, frente a la iglesia.)